

VIDA RELEVANTE II COMUNIÓN CON JESÚS ESTUDIO 792

“...lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo.”

I Juan 1:3

Estudio: 8 de enero de 2026

Iglesia: 21 de enero de 2026

INTRODUCCIÓN

En este mes de enero, el Espíritu Santo nos conduce a una pregunta esencial: ¿qué es lo que realmente hace que nuestra vida sea relevante para Dios? No buscamos relevancia delante de las personas, ni reconocimiento humano ni solo resultados visibles, como aprendimos en las Primicias.

Nuestro deseo es agradar al Señor. Y la Escritura nos enseña que agradar a Dios no comienza con lo que hacemos para Él, sino con caminar con Él en comunión (I Jn 1:3).

A lo largo de este mes, caminaremos por cuatro dimensiones fundamentales de la comunión cristiana: con Dios Padre (tratado la semana pasada), con Jesucristo y, en las próximas semanas, con el Espíritu Santo y con los hermanos.

Estos temas no compiten entre sí; se complementan y revelan la madurez de una fe viva, saludable y bíblica. En todos ellos, una misma acción práctica consolida la comunión: una vida devocional diaria, intencional y constante.

Hoy, al estudiar sobre la comunión con Jesús, no hablaremos solo de conocer a Jesús, sino de vivir con Jesús. Existe una diferencia entre saber quién es Él y permanecer en Él (Jn 15:4).

Existe una diferencia entre servirle a la distancia y caminar diariamente a Su lado. Es posible estar ocupado con muchas tareas espirituales y, aun así, perder lo esencial: la comunión íntima con Jesús (Lc 10:38-42).

Por eso, esta palabra nos invita a revisar prioridades, enfoques y decisiones. Al tratar este tema, consideraremos tres fundamentos que sostienen la comunión con Cristo:

- La gracia que nos alcanzó (Ef 2:8-9),
- La fe por la cual vivimos (Gá 2:20),
- La identidad que recibimos en Él (II Co 5:17),

Los cuales van acompañados de un elemento indispensable:

- La vida devocional diaria, como actitud continua que desarrolla, preserva y profundiza esta comunión (Sal 1:1-3; Mt 6:6).



Nuestro objetivo, al final de este estudio, es muy claro: deseamos salir con un corazón más rendido a Cristo, una vida devocional más firme y decisiones más alineadas con la presencia de Jesús en nosotros.

Queremos que nuestra comunión con Él deje de ser ocasional y se convierta en el centro de nuestra vida diaria. Porque, cuando permanecemos en Cristo, nuestra vida se vuelve, de hecho, relevante para Dios.

¡Disfrútalo!

Conectándose con el Tema (definición)

Comunión traduce el término griego *koinonía* (κοινωνία), que significa participación activa, compartir la vida, asociación íntima y vínculo relacional continuo. En el hebreo bíblico, la idea se aproxima a *hābar* (הַבָּרֶךְ), “unir; ligarse; asociarse”.

En el Nuevo Testamento, la comunión no es mera proximidad espiritual, sino participación real en la vida de Cristo, implicando identidad compartida, compromiso y permanencia. Tener comunión con Jesús es vivir unidos a Él, participando de Su vida, gracia y misión, de manera continua y transformadora (I Jn 1:3; Jn 15:4).

FUNDAMENTOS DE LA COMUNIÓN CON JESÚS

1. LA GRACIA, QUE NOS ALCANZÓ

La comunión con Jesús siempre comienza por la gracia, nunca por el esfuerzo humano. Gracia traduce el término griego *cháris* (χάρις), que expresa favor inmerecido, iniciativa divina y acción salvadora de Dios a favor del ser humano. Esto significa que no fuimos nosotros quienes nos acercamos a Cristo, sino que fue Él quien nos alcanzó primero. La comunión no nace del mérito; nace de la misericordia revelada en la cruz (Ef 2:8–9).

Este punto es fundamental, porque sin una comprensión correcta de la gracia, la comunión se degenera en religión. Cuando la gracia es olvidada, la vida cristiana pasa a medirse por desempeño, comparación y culpa. Pablo afirma que toda la vida cristiana, desde el inicio hasta el fin, es sostenida por la gracia. No solo fuimos salvos por ella; continuamos viviendo por ella (Ro 5:1–2).

Además, la gracia no solo nos perdona; nos invita a la permanencia. Jesús no llamó a los discípulos solo para creer en Él, sino para estar con Él (Mc 3:14). Esta permanencia no es fruto del esfuerzo humano, sino de la gracia que sostiene la comunión diariamente. Cuando esta verdad se pierde, corremos el riesgo de sustituir la comunión por activismo espiritual, midiendo nuestra vida cristiana por actividades y no por cercanía con Cristo (Jn 15:4–5).

Así, comprender la gracia es esencial para una comunión saludable con Jesús. Quien vive por la gracia se acerca a Cristo con confianza, no con miedo; con gratitud, no con negociación. La gracia



nos coloca a los pies del Señor y nos mantiene allí, conscientes de que todo comienza, continúa y termina en Él.

Observe la acción de la gracia:

1.1 – La gracia que nos une a Cristo y no solo nos perdona

La gracia no actúa solo en el momento del perdón; establece una unión real con Cristo. Pablo afirma que Dios nos bendijo “en Cristo” con toda clase de bendiciones espirituales (Ef 1:3), indicando que la vida cristiana no sucede alrededor de Jesús, sino en Él. La comunión, por tanto, nace de esta unión: no solo recibimos algo de Cristo, participamos de Su vida.

Esta unión es presentada en el Nuevo Testamento como participación y pertenencia. Fuimos “unidos al Señor” (I Co 6:17, 19 y 20), expresión que apunta a una relación profunda y continua. La gracia nos saca de la condición de distanciamiento y nos inserta en una comunión viva, en la cual Cristo se convierte en nuestra referencia, fuente y dirección. Aquí, la comunión deja de ser episódica y pasa a ser relacional y constante.

Cuando esta verdad es descuidada, la fe tiende a reducirse a prácticas externas. El cristiano ora, sirve y asiste a la iglesia, pero vive como si estuviera separado de Cristo. La gracia, sin embargo, nos recuerda que la comunión no se sostiene en lo que hacemos para Jesús, sino en el hecho de que estamos unidos a Él.

1.2 – La gracia que nos libera de la negociación espiritual

Uno de los grandes peligros de la vida cristiana es transformar la comunión con Jesús en una negociación espiritual: hacemos, servimos, sacrificamos, esperando algo a cambio. La gracia, sin embargo, nos libera de esta lógica. El apóstol Pablo afirma que todo lo que antes consideraba ganancia pasó a ser pérdida “por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús” (Fil 3:7-8). Aquí, la comunión no es un medio para alcanzar bendiciones: Cristo es el propio tesoro.

La gracia corrige nuestra motivación. Cuando es comprendida, dejamos de acercarnos a Jesús por interés y pasamos a buscarlo por quien Él es. El deseo de “ganar a Cristo” (Fil 3:8-10) revela así una relación marcada por la rendición, no por la negociación. La comunión verdadera nace cuando nada más ocupa el lugar central del corazón. Mientras exista algo que valga más que estar con Cristo, la gracia aún no ha sido plenamente acogida.

Este principio confronta directamente las distracciones espirituales y existenciales. Es posible servir a Dios, asistir a la iglesia y, aun así, perder el enfoque de la presencia.

La gracia nos llama de vuelta a lo esencial: no buscamos a Jesús por lo que Él puede darnos, sino porque fuimos alcanzados por Él. Cuando esto sucede, el servicio deja de ser una carga y la comunión deja de ser interesada, convirtiéndose en expresión de amor, gratitud y entrega total.

1.3 – La gracia que nos llama a la presencia antes que al servicio

La gracia no solo nos perdona y nos libera de la negociación espiritual; también nos llama a la presencia antes que al servicio. En el episodio de Marta y María (Lc 10:38-42), Jesús no repreueba



el servir, sino que reordena las prioridades del corazón. Marta está ocupada haciendo algo para Jesús; María, en cambio, elige estar con Jesús. La respuesta del Señor revela que la comunión precede a la actividad: “una sola cosa es necesaria”.

Este texto enseña que es posible amar a Jesús, recibirlo en casa y, aun así, estar distraído de Él. La gracia confronta esta inversión al recordarnos que la comunión no nace del mucho hacer, sino del permanecer a los pies del Señor. Antes de cualquier servicio cristiano legítimo, existe un llamado a la escucha, a la atención y a la presencia. Cuando el servicio no fluye de la comunión, genera ansiedad, comparación y peso espiritual.

La gracia, por lo tanto, nos educa espiritualmente: nos invita a sentarnos, escuchar y aprender. Es en la presencia de Jesús donde el corazón es alineado, las motivaciones son purificadas y el servicio encuentra sentido.

- ***La iglesia saludable es aquella que sirve mucho, pero sirve a partir de la presencia y la comunión, y no en sustitución de ellas.***

La comunión verdadera nace cuando elegimos, como María, la “buena parte”, seguros de que esta jamás nos será quitada.

- ***Así, la gracia nos guarda de una espiritualidad inestable, marcada por altibajos emocionales. Nos mantiene en la presencia del Señor no porque seamos constantes, sino porque Él es fiel. Esta comprensión prepara el corazón para el siguiente fundamento: vivir la comunión por la fe, confiando continuamente en aquello que Dios ya estableció en Cristo.***
- ***La gracia nos colocó en Cristo; la fe nos mantiene en Cristo.***

2. LA FE, POR LA CUAL VIVIMOS

La comunión con Jesús no es sostenida solo por la gracia que nos alcanza, sino por la fe por la cual vivimos diariamente. En el Nuevo Testamento, fe traduce el término griego *pístis* (πίστις), que va más allá de la creencia intelectual: implica confianza, entrega y dependencia continua. La fe es el medio por el cual permanecemos en Cristo, no solo al inicio de la vida cristiana, sino en todo su desarrollo. Por eso, Pablo afirma:

Gálatas 2:20

“...la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en el Hijo de Dios...”

En la Palabra del Señor, la fe no es un sentimiento momentáneo, sino una postura relacional. Regula la manera en que nos acercamos a Jesús, cómo interpretamos las circunstancias y cómo perseveramos en la comunión aun en medio de las luchas. Sin fe, la comunión se debilita, pues pasamos a depender de lo que vemos, sentimos o controlamos. La fe nos mantiene firmes cuando la presencia de Cristo no es percibida por nosotros, cuando estamos emocionalmente afectados (II Co 5:7).



Además, la fe protege la comunión del legalismo y del activismo religioso. Cuando la fe es sustituida por desempeño, la vida cristiana se vuelve pesada e insegura. La fe verdadera, en cambio, descansa en la fidelidad de Cristo y no en la constancia humana.

Es por medio de ella que permanecemos unidos al Señor, confiando en que Aquel que comenzó la buena obra es fiel para completarla (Fil 1:6). Así, la comunión con Jesús se mantiene viva, estable y fructífera, incluso en tiempos de prueba.

- ***Por lo tanto, la fe no es un accesorio de la vida cristiana, sino el principio diario que gobierna la comunión con Cristo.***

2.1 – La fe que nos mantiene unidos a Cristo

La fe es el vínculo vivo que nos mantiene unidos a Cristo en la cotidianidad de la vida cristiana. En el texto base de este punto, Pablo declara nuevamente:

Gálatas 2:20

“...la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en el Hijo de Dios...”

Esto indica que la comunión con Jesús no se sostiene solo por una experiencia pasada, sino por una dependencia continua. Fe, aquí, no es solo creer en Cristo, sino permanecer confiando en Él, incluso cuando las circunstancias no son favorables.

Cuando la fe se debilita, la comunión se vuelve inestable, pues comenzamos a vivir guiados por lo que vemos, sentimos o controlamos, y no por la verdad de la Palabra. El apóstol Pablo ejemplifica esta postura al afirmar:

II Corintios 5:7

“...porque por fe andamos, no por vista...”

La fe sostiene la comunión en los períodos de silencio, espera y aparente ausencia de respuestas. Cuando la vida cristiana es guiada solo por lo que se ve o se siente, la comunión oscila; cuando es guiada por la fe, se mantiene estable. La fe no elimina instantáneamente las dudas, pero decide confiar a pesar de ellas.

La comunión madura no depende de emociones constantes, sino de una convicción perseverante.

Vivir por la fe significa confiar en Cristo más allá de las evidencias visibles. La Escritura define la fe como:

Hebreos 11:1

“la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”

Esta definición no describe una negación de la realidad, sino una confianza que se ancla en la fidelidad de Dios y no en las circunstancias inmediatas.

Así, la fe cristiana madura no exige señales constantes para continuar caminando. Se apoya en el carácter de Cristo, en Su Palabra y en las promesas ya reveladas. Esta confianza perseverante guarda el corazón del desánimo y prepara al discípulo para el siguiente paso de la fe: someter

elecciones y decisiones a la confianza en el Señor, incluso cuando esto exige renuncia y obediencia.

2.2 – La fe que vence las distracciones y las circunstancias

La fe que sostiene la comunión con Jesús es también la fe que vence las distracciones e interpreta correctamente las circunstancias. Uno de los mayores ataques contra la comunión cristiana no ocurre por medio del pecado explícito, sino por medio de distracciones sutiles que ocupan el lugar de la presencia.

La fe madura nos capacita para discernir lo urgente de lo esencial, manteniendo a Cristo en el centro, aun en medio de las demandas de la vida.

El apóstol Pablo afirma que llegó a considerar todas las cosas como pérdida:

Filipenses 3:8

“...por la excelencia del conocimiento de Cristo... por la fe.”

Esta declaración revela una fe que no negocia prioridades.

Cuando la fe se debilita, las circunstancias pasan a dictar el ritmo de la vida espiritual; cuando la fe está firme, es la comunión con Cristo la que orienta decisiones, elecciones y agendas.

- ***La fe no ignora las responsabilidades, pero impide que estas se conviertan en sustitutas de la COMUNIÓN.***

Este principio aparece claramente en el relato de Marta y María. Marta permitió que sus tareas la distrajeran de la presencia de Jesús, mientras que María, por la fe, eligió permanecer a los pies del Señor (Lc 10:38–42).

La fe, por lo tanto, no es solo creer que Jesús está presente, sino actuar de manera intencional y consciente, dándole prioridad absoluta.

Cuando vivimos por la fe, no somos gobernados por el activismo, la ansiedad o la presión de las circunstancias, sino por la convicción de que nada es más necesario que estar con Cristo, y de Él vendrá todo lo que necesitamos. La fe conduce a una vida ordenada, coherente y perseverante, en la cual las prioridades son revisadas y las decisiones son tomadas con base en la confianza de que obedecer a Cristo es siempre el mejor camino, aunque implique renuncia en el presente.

2.3 – La fe que persevera y sostiene la comunión

La fe cristiana no se manifiesta solo en momentos decisivos; se revela, sobre todo, en la perseverancia diaria. La Escritura exhorta:

Hebreos 12:1-2

“...corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos firmemente en Jesús...”

Perseverar por la fe significa continuar caminando con Cristo incluso cuando el entusiasmo disminuye, cuando las respuestas tardan o cuando la comunión exige constancia y disciplina.



Pablo afirma en Romanos 11:20 que "...es mediante la fe que permanecemos firmes". La fe sostiene la comunión en los períodos de cansancio espiritual, protegiendo el corazón contra el desánimo y la renuncia. Sin perseverancia, la fe se vuelve episódica; con perseverancia, se transforma en un estilo de vida capaz de atravesar crisis sin romper la relación con Cristo.

Esta fe perseverante no se apoya en la fuerza humana, sino en la fidelidad del Señor. Por eso, Pablo declara estar "...plenamente convencido de que el que comenzó la buena obra... la perfeccionará..." (Fil 1:6).

La fe que persevera descansa en esta certeza: Cristo sostiene aquello que Él mismo inició. Así, la comunión no depende de la constancia del discípulo, sino de la gracia y la fidelidad del Señor, recibidas y vividas por la fe.

Esta comprensión prepara el camino para el siguiente fundamento: la identidad que recibimos en Él, formada a lo largo de esta caminata perseverante.

3. LA IDENTIDAD QUE RECIBIMOS EN ÉL

Identidad se refiere al conjunto integrado de características que definen quién es una persona, moldeadas por el sentido de pertenencia, la relación con la cultura y la historia, los valores, el lenguaje y las prácticas y/o hábitos de vida. No es solo una etiqueta, sino una realidad construida y continuamente formada en la relación con el otro y con el contexto en el que se vive.

En el contexto bíblico es diferente:

II Corintios 5:17

"...De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas..."

Sobre esta base, "identidad" involucra:

a. Origen – (¿De dónde vengo?)

Se refiere a la nueva creación en Cristo. El creyente ya no es definido por su linaje, etnia, cultura y/o historia de pecado, sino por su nuevo punto de partida en el evento de la redención.

b. Referencia – (¿A quién pertenezco?)

Para Pablo, la identidad es estrictamente relacional. Pertener a Cristo como "Señor" (*Kyrios*) es la marca distintiva del creyente, sustituyendo cualquier lealtad anterior.

c. Dirección – (¿Hacia dónde camino?)

Involucra la dimensión escatológica. La identidad cristiana está orientada hacia el futuro, hacia la plena conformidad con la imagen de Cristo y el destino final con Dios: la vida eterna.

En la vida cristiana, la identidad no es solo una condición espiritual declarada ni una posición espiritual abstracta, sino el resultado visible y progresivo de la comunión con Jesús, que pasa a



moldear nuestra forma de pensar, elegir, reaccionar y vivir. Así, lo que Cristo es, por medio de la comunión, debe reflejarse en lo que nosotros somos.

Esto es extraordinario, porque en Jesucristo no solo somos salvos; pasamos a reflejar Su vida en nosotros. Nuestra comunión continua con Él produce una identidad que no es estática, sino relacional y formativa.

Así como una identidad cultural se construye en la relación con el territorio, la historia y el entorno social, la identidad cristiana se construye en la relación diaria con Cristo y Su Palabra, en la acción del Espíritu Santo, en el enfrentamiento con el mundo y en la vivencia comunitaria entre los hermanos.

Por eso, Pablo afirma que, estando en Cristo, "...todo se hizo nuevo...". Esta novedad no es solo interior; se manifiesta exteriormente. Cuando la identidad en Cristo no se comprende de esta manera, la fe se fragmenta: el cristiano cree correctamente, pero vive desconectado; confiesa a Cristo, pero reproduce valores que no reflejan Su vida.

La identidad cristiana saludable es aquella que traduce la comunión en cultura espiritual, en valores visibles y en una manera de vivir coherente con Jesús. No fue por casualidad que, en Antioquía, los discípulos fueron llamados cristianos (Hch 11:26).

La expresión griega **christianós** (Χριστιανός) combina **Christós** ("Cristo, el Ungido") con el sufijo latino **-ianus**, que indica "perteneciente a" o "del partido de". Literalmente significa "aquel que pertenece a Cristo". Era visible para todos que aquellos hombres y mujeres, por la comunión diaria con Jesús, reflejaban a Cristo en su manera de vivir.

3.1 – La identidad que nace de la comunión y del pertenecer a Cristo

La identidad cristiana nace, ante todo, de una pregunta fundamental: ¿a quién pertenezco? El apóstol Pedro afirma que los que están en Cristo son "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido" (I Pe 2:9–10). Este lenguaje no describe solo privilegios espirituales, sino pertenencia relacional e identitaria. Por la comunión con Cristo, dejamos de ser definidos por lo que éramos y pasamos a ser definidos por el Señor que nos llamó.

Pedro escribe a cristianos dispersos culturalmente, mostrando que su identidad no estaba determinada por el territorio, la etnia o la presión social, sino por la relación con Cristo. La comunión con Jesús los había formado como "pueblo", aun en medio de la dispersión. Así, la identidad cristiana no es aislamiento individual, sino pertenecer a Cristo y, en Él, pertenecer a un cuerpo.

Pablo refuerza esta idea al afirmar que Dios "nos trasladó del dominio de las tinieblas al Reino del Hijo de su amor" (Col 1:13). La identidad, por lo tanto, implica transferencia de dominio: cambiamos de referencia, de autoridad y de dirección. Ya no somos moldeados principalmente por los valores del mundo, sino por el Reino al cual ahora pertenecemos.

Esta identidad se profundiza en la comunión continua. Jesús afirma:

Juan 10:27

"...mis ovejas oyen mi voz... y me siguen."

Aquí, la identidad es relacional y formativa: oír, seguir y permanecer. La comunión diaria con Cristo forma una identidad reconocible, estable y coherente, que nace del pertenecer y se manifiesta en la manera de vivir.

Así, entramos en aguas más profundas: la identidad cristiana no es una etiqueta religiosa, sino una vida moldeada por la comunión, en la que Cristo define quiénes somos, a quién pertenecemos y cómo vivimos.

3.2 – La identidad que redefine valores y elecciones

Si la identidad cristiana nace del pertenecer a Cristo, se profundiza cuando comienza a reordenar valores y orientar decisiones. Pablo da testimonio de este desplazamiento identitario al afirmar que todo lo que antes consideraba ganancia pasó a ser pérdida “por causa de la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús” (Fil 3:7–8). Aquí, la identidad no es solo quiénes somos, sino que redefine nuestros valores. El corazón revela la identidad que vivimos.

Esta reordenación no elimina responsabilidades, pero cambia el eje de la vida. La comunión verdadera revela que Cristo no es un medio para alcanzar fines, sino que Él es nuestro objetivo y deseo final. Cuando esto sucede, Cristo se convierte en el valor supremo y las elecciones prácticas se transforman: agenda, prioridades, uso del tiempo, lenguaje y relaciones. La identidad en Cristo deja de ser solo confesional y pasa a ser operativa.

Este proceso es formativo y continuo. Jesús enseña que donde está el tesoro, allí estará también el corazón (Mt 6:21). Los valores moldean los deseos; los deseos moldean las decisiones. Así, la identidad cristiana madura no se construye por imposición externa, sino por convicción interna generada por la comunión. Cuando los valores son redefinidos, las elecciones se alinean; y cuando las elecciones se alinean, la vida pasa a reflejar a Cristo de manera coherente y visible.

Entramos entonces en aguas aún más profundas: la identidad que recibimos en Él organiza la vida. Ya no vivimos reaccionando a presiones culturales o a urgencias momentáneas, sino eligiendo desde el Reino al cual pertenecemos. Esta identidad forma una espiritualidad estable, capaz de decir “no” a lo que distrae y “sí” a lo que preserva la comunión con Jesús.

3.3 – La identidad que se manifiesta como cultura cristiana visible

La identidad que nace de la comunión con Cristo y redefine valores no permanece solo en el plano interior; se manifiesta externamente como una cultura de vida cristiana. Fue en Antioquía “...donde por primera vez los discípulos fueron llamados cristianos” (Hch 11:26). Este título no surgió por decreto, sino por percepción social: la manera de vivir de aquellos hombres y mujeres hacía visible a Cristo. La identidad generada por la comunión se había vuelto reconocible.

La identidad cristiana, por lo tanto, no solo era confesada; era observable. Esto revela que la comunión con Jesús produce hábitos, lenguaje, prioridades y relaciones que forman una cultura



distinta. Donde hay comunión real, hay una forma de vivir que refleja el carácter de Cristo en lo cotidiano.

Este principio también aparece en el contraste entre Marta y María (Lc 10:38–42). Marta expresa una cultura marcada por el activismo y la ansiedad. María expresa una cultura de la presencia y de la escucha. La identidad moldeada por la comunión elige la “buena parte” y organiza la vida desde la presencia antes que desde el desempeño. Así, la identidad cristiana saludable no rechaza el servicio, sino que subordina el hacer al ser, y el ser a la comunión.

Cuando esta identidad se consolida, el cristiano pasa a comunicar el Evangelio no solo con el discurso, sino con el testimonio visible. Los valores del Reino se convierten en prácticas cotidianas y la fe se transforma en un estilo de vida. Así es como la identidad en Cristo cumple su propósito: hacer visible a Cristo en el mundo, por medio de una comunidad cuya cultura ha sido formada por la comunión con Jesús.

4. VIDA DEVOCIONAL DIARIA: LA ACTITUD QUE DESARROLLA, PRESERVA Y PROFUNDIZA LA COMUNIÓN

Si la gracia nos alcanza, la fe nos mantiene y la identidad se forma, la vida devocional diaria es la actitud indispensable que sostiene, profundiza y preserva la comunión con Jesús. No es un elemento opcional de la espiritualidad cristiana, sino el ambiente donde la comunión ocurre y madura. Jesús enseña:

Mateo 6:6

“Entra en tu aposento, cierra la puerta y ora a tu Padre...”

Esta orientación revela que la comunión exige intencionalidad, disciplina y constancia.

La vida devocional no es una mera práctica religiosa, sino una relación cultivada. El salmista declara que “el justo es como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto a su tiempo” (Sal 1:1–3). La imagen no describe un encuentro ocasional, sino permanencia. La comunión con Jesús se fortalece cuando creamos un espacio diario para oír Su Palabra, hablar con Él en oración y permitir que el Espíritu Santo nos forme interiormente.

Los materiales de apoyo refuerzan que muchas crisis espirituales no comienzan con un pecado visible, sino con el abandono progresivo de la vida devocional. Cuando el tiempo con Dios es sustituido por actividades, distracciones o incluso por el propio servicio cristiano, la comunión se debilita. La vida devocional diaria protege el corazón contra este vaciamiento espiritual, manteniendo a Cristo en el centro de las decisiones.

“La vida devocional sostiene todos los fundamentos mencionados anteriormente. En ella la gracia es recordada y celebrada, la fe es fortalecida y la identidad es reafirmada. Sin devoción diaria, la gracia puede ser olvidada, la fe puede oscilar y nuestra identidad en Cristo puede diluirse.”



Con devoción diaria, la comunión se convierte en un estilo de vida y no solo en una experiencia esporádica. Así, la vida devocional diaria no es un fin en sí misma, sino el medio por el cual permanecemos en Cristo y fructificamos para la gloria de Dios con la ayuda del Espíritu Santo (Jn 15 ss.).

4.1 – Desarrollando una vida devocional diaria y consistente

La vida devocional diaria no se sostiene por improvisación, sino por principios espirituales claramente revelados en las Escrituras. La Biblia nos muestra, por medio de ejemplos concretos, cómo hombres y mujeres de Dios cultivaron una comunión constante, profunda y transformadora con el Señor.

a. Establecer un tiempo fijo e intencional con Dios

La constancia de la vida devocional comienza con decisión e intencionalidad. El propio Jesús nos dejó este ejemplo:

Marcos 1:35

“Levantándose muy de mañana, siendo aún oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba.”

La comunión no era algo eventual en la vida de Jesús, sino parte de Su ritmo diario.

Definir un tiempo específico para estar con Dios, aunque sea sencillo, crea constancia espiritual. La regularidad forma el corazón más que encuentros largos y esporádicos. Una devoción corta, pero diaria, sostiene más la comunión que momentos intensos, pero irregulares.

b. Integrar la Palabra y la oración de manera relacional

Una vida devocional saludable integra la lectura de la Palabra y la oración, pues es en este movimiento donde la relación se profundiza. El Señor instruyó a Josué:

Josué 1:8

“...no se aparte de tu boca este libro de la ley, sino que medita en él día y noche...”

La meditación bíblica conduce a la obediencia y a la transformación interior. Cuando estas dos prácticas caminan juntas, la devoción deja de ser mecánica y se vuelve relacional. La Escritura se lee no solo para informar, sino para formar el corazón conforme a la voluntad del Señor. No nos referimos aquí al estudio o la investigación relacionados con las ministraciones para las cuales te estés preparando, sino a tu encuentro diario con el alimento y sustento de tu alma y tu momento de encuentro íntimo con Jesús y Su Palabra. Insistimos: aplícate a esto.

c. Proteger el tiempo devocional de las distracciones

Gran parte de la fragilidad devocional no nace de la falta de tiempo, sino de la falta de calidad de ese tiempo, causada por el exceso de distracciones. Jesús enseñó claramente:

Mateo 6:6

“...entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre...”



La enseñanza apunta a separación intencional, enfoque y prioridad. Proteger el tiempo devocional es también un acto de batalla espiritual. Aquello que no se guarda con celo termina siendo sustituido por tareas cotidianas, ociosidad, urgencias (que en un 99% no son legítimas) e incluso por el propio servicio cristiano. Separar un ambiente y silenciar las distracciones es reconocer, en la práctica, que la comunión con Jesús ocupa el lugar central de tu vida.

d. Practicar la devoción como estilo de vida, no solo como ritual

La vida devocional no se limita a un momento aislado; se extiende a lo largo del día como un estilo de vida delante de Dios. Isaac nos ofrece un ejemplo precioso:

Génesis 24:63

"Había salido Isaac a meditar al campo, a la hora de la tarde..."

El texto revela una práctica regular, integrada a la vida cotidiana.

Esta espiritualidad constante forma un corazón sensible a la presencia de Dios. Pequeñas oraciones, vigilancia interior, gratitud y meditación mantienen viva la comunión a lo largo del día. Así, la devoción deja de ser solo un ritual y se convierte en un hábito espiritual de quien realmente vive en la presencia del Señor.

e. Caminar en comunión

La vida devocional también se fortalece en la comunión con otros hermanos. En Filipos, Pablo y sus compañeros "fueron un día de reposo a un lugar donde se acostumbraba orar" (Hch 16:13). Allí encontraron a Lidia, y de ese encuentro nacieron comunión, conversión e iglesia.

La espiritualidad bíblica no es aislada. Compartir el camino y aprender en comunidad ayuda a perseverar en la fe y también asume un carácter evangelístico y de cuidado espiritual, especialmente en tiempos de cansancio, crisis y luchas que alguien pueda estar atravesando.

La comunión con los hermanos sostiene y fortalece la constancia de la comunión con Dios, y tenemos en nuestro Ministerio una herramienta extraordinaria para ello: la Familia Cristiana. Si aún no disfrutas de los beneficios de este programa de la Iglesia, busca hoy mismo a tu pastor local o al líder del departamento al que perteneces y comienza tu año enriqueciendo tu vida y tu familia con más Palabra y la presencia del Señor.

En síntesis, una vida devocional diaria y consistente no nace de la obligación, sino de la conciencia de pertenencia. Quien comprende la gracia, vive por la fe y tiene su identidad afirmada en Cristo, desea naturalmente estar con el Señor.

Las prácticas devocionales no crean la comunión; preservan, profundizan y sostienen la comunión que ya hemos recibido en Jesús.

CONCLUSIÓN

A lo largo de esta palabra, fuimos conducidos al CONOCIMIENTO, y aprendimos que ser relevantes para Dios es vivir en comunión con Jesús. No hablamos de una comunión superficial, ocasional o meramente emocional, sino de una relación viva, continua y formativa.

La gracia nos alcanzó cuando no podíamos salvarnos; la fe nos mantiene firmes independientemente de las circunstancias; la identidad en Cristo redefine quiénes somos; y la vida devocional diaria sostiene todo esto en la vida cotidiana del cristiano.

La comunión con Jesús no es un añadido a la vida cristiana: es su centro. Cuando esta comunión se preserva, toda la vida se organiza correctamente. Cuando se descuida, incluso las buenas actividades espirituales pierden su sentido.

Por eso, ser relevante para Dios no comienza con lo que hacemos para Él, sino con en quién nos convertimos en Él. La verdadera relevancia espiritual es reflejar a Cristo de manera visible, coherente y perseverante en la vida diaria.

Ante esto, somos llamados no solo a comprender esta palabra, sino a responder a ella con actitudes concretas.

ACCIONES PRÁCTICAS

1. Reorganiza tus prioridades a partir de la comunión con Jesús

La comunión con Cristo nos llama a revisar lo que ocupa el centro de nuestra agenda y de nuestro corazón. Así como María eligió la “mejor parte”, somos invitados a colocar la presencia de Jesús por encima de las urgencias y del activismo religioso.

Esto implica decisiones prácticas: reorganizar horarios, reducir distracciones y proteger el tiempo con el Señor Jesús. Una vida relevante para Dios comienza cuando la presencia precede al desempeño.

Reflexiona:

¿Qué compite hoy con mi tiempo diario con Jesús?

2. Vive diariamente la identidad que recibiste en Cristo

La comunión con Jesús forma una identidad visible. Somos llamados a vivir como quienes pertenecen a Cristo, reflejando Sus valores en palabras, actitudes y decisiones.

Esto significa decir “no” a lo que no expresa el Reino y “sí” a lo que revela el carácter de Cristo en nosotros. Cuando nuestra identidad está clara, nuestras decisiones se alinean y nuestra fe se vuelve coherente y reconocible.



Reflexiona:

¿Mis decisiones diarias reflejan quién soy en Cristo?

3. Sostén la comunión mediante una vida devocional diaria y constante

Ninguna comunión permanece saludable sin un cuidado continuo. La vida devocional diaria — la Palabra, la oración y la meditación— es fruto de la comunión activa y el medio por el cual permanecemos en Cristo.

No se trata de perfección, sino de constancia. Incluso en días difíciles, elegimos estar con el Señor, porque entendemos que es en Su presencia donde somos renovados, corregidos y fortalecidos.

Reflexiona:

¿Qué paso concreto puedo dar hoy para hacer mi vida devocional más constante?

Que el Señor nos conduzca a un lugar más profundo de comunión con el Señor Jesucristo, donde la gracia nos sostenga, la fe nos afirme, la identidad nos forme y la devoción nos preserve. Y que, al vivir de esta manera, nuestra vida sea verdaderamente relevante para Dios, no solo por lo que hacemos, sino por a quién reflejamos: Jesucristo, nuestro amado Señor y Salvador.

God bless you, and your Family!

Y no lo olvides: “*¡El Señor Jesucristo se preocupa por ti!*”

Pr. Francis Brito

ADBelém – Londres / Reino Unido

Enero de 2026



BIBLIOGRAFIA

- Bauer, Walter, Frederick W. Danker, William F. Arndt, and F. Wilbur Gingrich. 2000. A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature. 3rd ed. Chicago: University of Chicago Press.
- Bruce, F. F. 1988. The Book of the Acts. Grand Rapids, MI: Eerdmans.
- Brueggemann, Walter. 1995. The Psalms and the Life of Faith. Minneapolis: Fortress Press.
- Fee, Gordon D. 2007. Pauline Christology: An Exegetical-Theological Study. Peabody, MA: Hendrickson.
- Fee, Gordon D. 1995. Paul's Letter to the Philippians. Grand Rapids, MI: Eerdmans.
- Giddens, Anthony. 1991. Modernity and Self-Identity: Self and Society in the Late Modern Age. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Gilberto, Antonio. 2008. Teologia Sistemática Pentecostal. Rio de Janeiro: CPAD.
- Gilberto, Antonio. 2011. Prática da Vida Cristã. Rio de Janeiro: CPAD.
- Harris, Murray J. 2005. The Second Epistle to the Corinthians. Grand Rapids, MI: Eerdmans.
- Horton, Stanley M. 1996a. A Doutrina Bíblica do Espírito Santo. Rio de Janeiro: CPAD.
- Horton, Stanley M. 1996b. Teologia Sistemática: Uma Perspectiva Pentecostal. Rio de Janeiro: CPAD.
- Jobes, Karen H. 2005. 1 Peter. Grand Rapids, MI: Baker Academic.
- Keener, Craig S. 2003. The Gospel of John: A Commentary. Vol. 1. Peabody, MA: Hendrickson.
- Keener, Craig S. 2009. The Gospel of Matthew: A Socio-Rhetorical Commentary. Grand Rapids, MI: Eerdmans.
- Keener, Craig S. 2014. The Gospel of Luke: A Socio-Rhetorical Commentary. Grand Rapids, MI: Eerdmans.
- Koehler, Ludwig, and Walter Baumgartner. 2001. The Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament. Rev. ed. Leiden: Brill.
- Moo, Douglas J. 2013. Galatians. Grand Rapids, MI: Baker Academic.
- Stott, John, The Cross of Christ. Downers Grove, IL: IVP Academic, 2006
- Subirá, Luciano. 2010. Até que Nada Mais Importe. Campinas, SP: Orvalho.com.
- Comunhão com Jesus – Carta aos Gálatas. Material didático interno.
- Pregação sobre Marta e Maria: A Melhor Parte.